

la religión, desde el trampolín del lenguaje, y delinea su defensa.

Para hablar del ataque, toma como representativa la obra de Ayer que puede considerarse descendiente del "Círculo de Viena" para el que el lenguaje es algo que las ciencias tienen en común, pero que, no todas usan bien, y que califica como malo el uso que la teología hace de él en cuanto sus afirmaciones no son ni analíticas (tautologías) ni sintéticas (afirmaciones o negaciones de hechos). Según la crítica positivista —en efecto— las afirmaciones analíticas y sintéticas son mutuamente exclusivas, pero una afirmación como la de que "la existencia de Dios es 'necesaria' pretende ser tanto cierta como de relevancia empírica, o sea, ser analítica y sintética al mismo tiempo"; esto no es posible según los positivistas pues "si es fáctica, por definición no puede ser cierta, ya que las afirmaciones sintéticas, en el mejor de los casos, son probabilísticas".

La crítica acaba por abarcar por igual al teísta y al agnóstico o al ateo, pues, ni afirmar ni negar a Dios tiene sentido para el positivista. La religión o su negación —para él— resultan inexpresables y, con ello, irracionales. Por eso juzga Crystal que "no hay compromiso o transacción posible entre el positivismo lógico y la religión".

En su defensa, el autor señala que los supuestos acerca de la forma en que opera el lenguaje, son falaces en la argumentación positivista; que la definición, por ser prejuzgada, se estrecha, y que la teoría toda tiene que depender de datos extralingüísticos pues por sí no se basta. En concreto, el autor no acepta que las dos categorías de afirmaciones analíticas y sintéticas excluyan cualquier otra; señala que, estadísticamente, la mayoría de los lenguajes naturales se forman de frases que no son precisas, pues buscan más lo adecuado de la comunicación que su precisión; que, en cuanto hay varias formas de comunicación hay varios usos posibles del lenguaje; que consagrar uno de ellos como mejor es caer en errores —ya superados— de búsqueda de una corrección lingüística y que tratar de examinar un tecnicismo teológico ("necesidad" por ejemplo) a la luz de los significados que corresponden a esa forma lingüística en un sector distinto (el de la física, por ejemplo) es un error, en cuanto cada disciplina trata con hechos completamente diferentes.

Crystal remata su argumentación cuando afirma que "si el positivismo lógico tiene como única recomendación positiva

la de que la filosofía se concentre en una sola clase de significados (el lógico-positivista) ignorando todos los demás usos, su ingenuidad es evidente".

Oscar Uribe Villegas

Henri Lefebvre: *Le langage et la société*. Collection Idées N.R.F. Gallimard, 1966, pp. 376.

Henri Lefebvre no es un desconocido. Uno de los talentos más esclarecidos de la Francia contemporánea, ha escrito libros, que no han podido pasar inadvertidos, cuyas casas de edición fueron cerradas, cuyos tirajes completos fueron secuestrados, cuyos títulos quedaron incluidos en el índice de los "Libros malditos" (principalmente del periodo hitlerista). Ha sido él, uno de los grandes estudiosos del marxismo en Francia (*Marx et la Liberté, Pour connaître la pensée de Marx, Pour connaître la pensée de Lénine, Marx philosophe, Cahiers de Lénine sur la Dialectique de Hegel*). Sintomáticamente, la colección *Que sais-je?* le confió la redacción de su breviario sobre el marxismo. Ha sido, también historiador de las ideas: de Diderot, de Descartes, de Pascal, de Nietzsche... Entre sus obras más originales destacan su *Critique de la Vie Quotidienne*, su *Introduction a la Modernité*, su *Metaphilosophie*. Su pensamiento parece moverse entre dos polos igualmente importantes: el de la lógica y el de la sociedad. Es ese movimiento el que le ha llevado, ahora, a tratar sobre el lenguaje, en una obra de estilo exuberante, que no llegará a tener nunca la posición académica del *Cours* de Saussure, pero que será básico para entender en qué grado tan apremiante es preciso rebasar lo puramente lingüístico para constituir lo sociolingüístico.

Lefebvre subraya un hecho conocido, pero insuficientemente apreciado: los problemas del lenguaje tienen importancia preponderante en el mundo contemporáneo que —técnicamente, y por contraste— parece haber resuelto todos los problemas de la comunicación. No sólo se trata de la importancia que corresponde a los problemas lingüísticos en los contactos entre grupos de diferentes culturas, de diferentes regímenes político-sociales, o de desigual nivel económico-social. Se trata, también, de la que tienen en relación con la ciencia (que, al fin y al cabo, es "un lenguaje bien hecho"); con las ciencias (que requieren de un metalenguaje para establecer su

colaboración efectiva); con las ciencias sociales, en particular (por la necesidad que éstas tienen de construir su lenguaje y estudiar el de las sociedades y los grupos). Y tiene que ver, también, con la filosofía, que extrae conocimiento del saber contenido empíricamente en el lenguaje. Éste, "ni cosa ni espíritu —según Merleau-Ponty—, inmanente y trascendente, es algo cuyo estatuto está por encontrarse".

Remontarse a los supuestos orígenes del lenguaje sería tarea ardua y poco fructífera. En cambio, resulta menos difícil y de más fruto, retroceder al momento en que se toma conciencia de la problemática lingüística; en que el lenguaje ya no se considera como dato, sino como problema. Esto ocurre —para Lefebvre— en el momento en que los escritores reflexionan sobre su instrumento de trabajo y se dividen en dos bandos: el de quienes se adhieren al fetichismo de la palabra, y el de quienes renuncian a él.

Peró, el momento crítico se alcanza cuando se duda de las posibilidades de comunicación por el lenguaje; cuando se descubre no el silencio elocuente, e in traducible, de una a otra lengua (del que hablaban Ortega y Gasset y Benvenuto Terracini) sino el silencio impotente, en sus dos manifestaciones: el silencio de abajo (la imposibilidad de comunicarse con el otro) y el silencio de arriba (el éxtasis, el delirio, lo inexpresable).

La situación es —como indica Lefebvre— paradójica: se vuelca sobre nosotros una oleada, una marejada de signos (significantes) a través de los grandes medios de difusión (radio, cine, televisión); pero, buscamos vanamente en ella, significados y, más aún sentidos, porque, en esta época, es precisamente el sentido el que se escapa.

Del lenguaje usa y abusa la propaganda, la publicidad. Por ello se suscita hacia él una situación ambivalente, de confianza y desconfianza: se desconfía del reclame, pero se siguen sus indicaciones. Los campos significativos exceden al lenguaje: los mensajes se oyen, pero no se entienden. Y, entre otras cosas, no se entienden porque falta un código común que permita la comprensión.

El diagnóstico es certero, y los apuntamientos de nuestro autor, claros. Antes había —en efecto— un código que abarcaba diversos simbolismos (religiosos, políticos, eróticos, poéticos). Actualmente, no existe código general, y los individuos se entienden sólo si pertenecen a una misma "red" (Lefebvre piensa en

la "red telefónica", por ejemplo, pero no nos parece que ésta sea la ilustración más clara del fenómeno al que alude) pues las redes no emiten mensajes sino para sí y sobre sí; porque carecen de una función metalingüística capaz de ligarlas a las otras redes, según ha indicado Jakobson.

El lenguaje —por este camino— se deteriora socialmente. Muchos buscan ahora, en él, un sentido que, por sí solo, no puede dar, y, o lo fetichizan (sin percatarse de su insuficiencia para dar sentido), o lo desprecian (cuando descubren que no basta para encontrar ese sentido). Es así como se duda del lenguaje y del uso que de él hacen los otros; se sospechan, en ellos, móviles secretos, irrecognoscibles y, con esto, se imposibilita la comunicación.

Lefebvre llega, así, a una primera conclusión. En lo sociolingüístico, las sociedades modernas difieren de las antiguas en que, mientras estas últimas disponían de códigos genéricos (el del honor, el del amor) aquéllas (las de nuestros días) tienen sólo códigos parciales (el civil, el caminero). Se trata —tal vez— de una distinción destinada a pervivir (como la de Maine, que distingue entre colectividades humanas consensuales y colectividades contractuales). Se basa ésta en la forma de comunicación que depende, en unas, de códigos metalingüísticos; que depende, en otras, de redes sublingüísticas, insuficientes, pero cerradas sobre sí.

El autor piensa —sin embargo— que no es el segundo tipo de sociedad el que hay que tratar de comprender a través de su lenguaje, sino que es este lenguaje el que hay que buscar comprender a partir del tipo de sociedad del que es reflejo. Porque, para él, "la crisis del lenguaje es entre-cruzamiento de crisis múltiples, de crecimiento o declinación".

El lenguaje, para Lefebvre, cumple una función reductora de la realidad; una simplificación, sin la cual la complejidad del mundo no podría captarse. Esa necesidad de reducción explica el que los esfuerzos para simplificar en forma consciente la realidad sean cada vez más frecuentes. Hay tres ejemplos que lo indican: la reducción fenomenológica de Husserl; la reducción dialéctica de Marx; la reducción lingüística de Saussure. Habría que recordar que, en Latinoamérica, Guerreiro Ramos se ha esforzado por encontrar los principios de la reducción sociológica.

La reducción fenomenológica de Husserl ha sido objeto de presentaciones múl-

tiples, y la que de ella hace Lefebvre no parece ser de las más claras o afortunadas; pero, su falta de claridad y de fortuna no dañan a un libro dentro del cual se la menciona casi circunstancialmente. La reducción dialéctica de Marx ha sido presentada en múltiples ocasiones, y el mérito de la presentación de Lefebvre depende de su largo y profundo conocimiento de los textos marxistas, ya que nos la entrega —así— como producto de prolongada sedimentación. La reducción lingüística saussuriana, al aparecer en esta compañía, revela la importancia que le reconoce el propio autor.

Es útil seguir las líneas consagradas a la reducción dialéctica, porque ellas arrojan luz —para el lego en lingüística— sobre las características de la reducción saussuriana. Lefebvre señala cómo Marx comienza por descartar muchos de los fenómenos (la utilidad, la relación con las necesidades y los deseos, etcétera) que otros consideraban económicos, y cómo, por ese camino, llega a una forma económica reducida. Y muestra —también— que es en el movimiento dialéctico entre la forma y el contenido como se capta la realidad económica.

La reducción de Saussure es semejante. Desembaraza al lenguaje de todo lo que no es peculiarmente lingüístico; de lo que constituye el habla (realidad rica, heteróclita, según recordamos que dice el propio maestro ginebrino) y ve en la lengua la única realidad esencialmente lingüística. La re-ubicación de la lengua en su contexto social rectifica la reducción lingüística (por el rumbo de la semiología). Se trata —más o menos— de otro movimiento dialéctico entre forma y contenido, que también permite aprehender la realidad viva.

Hay —según se ve— dos pasos en estas reducciones: primero, se reduce a lo irreductible (inconscientemente, evocamos a Mendelejev, al sistema periódico, a los elementos químicos, irreductibles en el ámbito químico aunque sean reductibles en niveles subatómicos propios de la físico-química o la física nuclear); segundo, se restituye y sitúa lo reducido al contexto más amplio y complejo, cuidando: primero, de no dejar escapar su contenido; segundo, de no volver a tomarlo sin ordenarlo; tercero de no imponerle un orden arbitrario y, cuarto de no contentarse con simples denominaciones.

Frente a la reducción lingüística, Lefebvre precave contra su ausencia y contra su exceso. La falta de reducción impide aprehender un mundo complejo y

—quizás— caótico allende el lenguaje. La reducción excesiva —por su parte— produce el vacío: los significados se pierden, y se pierden también los sentidos: el sentido mismo se escapa a quien practica la reducción abusiva.

Su crítica la dirige, en esto, principalmente, contra Jakobson, cuya reducción lingüística considera abusiva, pues:

... se reduce la inteligibilidad a la diferencia. Las reducciones se suceden: la ciencia social se reduce a la ciencia del lenguaje; la no combinatoria a la combinatoria; la diacronia a la sincronia... Las restricciones sucesivas dejan de lado el sentido y el valor, para reducirlos a la significación; la significación para reducirla a la oposición (diferencia) y, finalmente, la oposición, para reducirla a la combinación. Así, el lingüista acaba por arrojar fuera de su campo la "significación".

Así es como se produce lo que él mismo considera la suprema paradoja de la ciencia del lenguaje. Y es contra ella contra la que luchará principalmente, al ocuparse de sus dimensiones.

Al lenguaje, la lingüística antigua le atribuía una sola dimensión. Concebía las relaciones asociativas como simples sucesiones que podían colocarse sobre un eje único: el de la sintaxis; el de las relaciones sintagmáticas. Esa reducción —excesiva— apenas si sería válida para mensajes telegráficos (y aun esto sería discutible).

Saussure y Jakobson inauguraron la teoría de la bidimensionalidad del lenguaje. Acostumbrado a pensar en términos dicotómicos ("significante y significado", "lengua y palabra", "sincronia y diacronia") conforme a procedimientos que el Levi-Strauss de "Lo Crudo y lo Cocido" extiende ahora a la Sociología Saussure estableció que en el comportamiento verbal se usan dos procesos: el selectivo y el combinatorio. Se seleccionan las formas léxicas, flectivas, verbales, de los paradigmas y se las combina en los sintagmas (son las "listas de sustitución" y los "marcos de sustitución" en que nos enseñaron a pensar los Pike y los Nida).

Pero, busca —sobre todo— restituir al lenguaje su sentido. De ahí que él señale una dimensión más de las reconocidas por Saussure. Obedece así a su propia prescripción (de sentido amplio) según la cual, al fin y al cabo, tras cualquier intento reductor hay que restituir, si-

tuándolo, lo que se había eliminado. Lo eliminado, en el caso, era lo social. Por este rumbo se abre paso la sociolingüística (que, sintomáticamente ocupa uno de los primeros sitios entre las secciones del Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, que tendrá su sede en Bucarest en este año de 1967).

El esquema tridimensional de Lefebvre abarca, así (en relación con el lenguaje): lo sintagmático, lo paradigmático y lo simbólico. Y, aunque él ni precise esto ni insista en ello como en algo que cabría oponer a la dicotomía saussuriana que distingue entre lengua y habla, se refiere a las relaciones complejas entre la palabra, la lengua, el discurso.

A nosotros, que gustamos de encontrar el sentido humano (el que tienen para los hombres "de carne y hueso" unamunianos) de las discusiones académicas más o menos frías o acartonadas, nos complace recoger la denuncia que hace Lefebvre contra esos "discursos sin res-

puesta" que constituyen la publicidad; contra esas "voces que discursan sin diálogo"; contra esas "mercancías, de consumo obligatorio (bajo pena de insostenible soledad)". Todo ello configura "un terrorismo latente": crea el "silencio de abajo", la impotencia para comunicarse con los otros, más terrible —quizás— que el "silencio de arriba" —tortura de los místicos— ya que, al fin y al cabo, al hombre Dios le resulta —más o menos— inalcanzable por definición, mientras el prójimo, el semejante, debiera resultarle (casi también por definición), alcanzable siempre, en forma simple o inmediata.

El libro de Henri Lefebvre da en el blanco de una doble problemática académica y humana, propia de lo cotidiano-moderno; de ahí sus múltiples dimensiones, y su múltiple —alquitarado— valor.

Oscar Uribe Villegas